

se convirtió de soberanamente armónica en profundamente antitética.

Este desorden causado en él por él mismo, se transmitió por él al universo y á la manera de ser de todas las cosas; todas le estaban sujetas, y todas se le rebelaran. Cuando dejó de ser esclavo de Dios, dejó de ser príncipe de la tierra; lo cual no nos causará maravilla, si consideramos que los títulos de su monarquía terrenal estaban fundados en su divina servidumbre. Los animales á quien él mismo, en señal de su dominacion, habia puesto sus nombres, dejaron de obedecer á su voz y de entender su palabra y de seguir su mandamiento; la tierra se le llenó de abrojos, el cielo se le volvió de metal, las flores se le rodearon de espinas; la naturaleza entera estuvo como poseida contra él de una furia insensata; los mares, al verle venir, volcaron estrepitosamente sus ondas, y sus abismos resonaron con pavorosos estruendos; las montañas para atajarle el paso levantaron hasta los cielos sus cumbres; por sus campos pasaron los torrentes, y sobre sus frágiles tiendas vinieron los huracanes; los reptiles escupieron en él sus venenos, las yerbas le destilaron sus ponzoñas; en cada paso temió una celada, y en cada celada la muerte.

Una vez aceptada la explicacion católica del mal, se explica naturalmente todo aquello que sin ella y fuera de ella parecia y era en efecto inexplicable. No existiendo el mal de una manera sustancial, sino antes bien negativa, no puede servir de materia á una creacion, con lo cual cae naturalmente la dificultad que nacia de la coexistencia de dos creaciones diferentes y simultáneas. Esta dificultad iba en aumento, al paso que se iba adelantando por este escabroso camino, como quiera que el dualismo de la creacion suponía forzosamente otro dualismo más repugnante todavía á la razon humana: el dualismo esencial de la Divinidad, que ha de ser concebida como una esencia simplicísima, ó no puede ser

concebida de manera ninguna. Juntamente con ese dualismo divino viene por tierra la idea de una rivalidad á un tiempo mismo imposible y necesaria: necesaria, porque dos dioses que se contradicen, y dos esencias que se repugnan, están condenadas por la naturaleza misma de las cosas á una lucha perpétua; imposible, porque siendo la victoria definitiva el objeto final de toda contienda; consistiendo aquí la victoria definitiva en la supresion del mal por el bien, ó del bien por el mal, y no pudiendo ser suprimido ni el uno ni el otro, porque lo que existe de una manera esencial, existe necesariamente; de la imposibilidad de la supresion se seguia la imposibilidad de la victoria, y de la imposibilidad de la victoria, objeto final de la contienda, la imposibilidad radical de la contienda misma. Con la contradiccion divina á que vá á parar forzosamente todo sistema maniqueo, desaparece la contradiccion humana, en que se cae cuando se supone la coexistencia del bien y del mal en el hombre. Esa contradiccion es absurda, y como absurda, inconcebible. Afirmar del hombre que es á un tiempo esencialmente bueno y esencialmente malo, es tanto como afirmar una de estas dos cosas: ó que el hombre es un compuesto de dos esencias contrarias, juntando aquí lo que se ve obligado á separar en la Divinidad el sistema maniqueo; ó que la esencia del hombre es una; y que siendo una, es mala y buena á un tiempo mismo: lo cual es afirmar todo lo que se niega y negar todo lo que se afirma de una misma cosa.

En el sistema católico el mal existe, pero existe con una existencia modal; no existe esencialmente. El mal, así considerado, es sinónimo de desorden; porque no es otra cosa, si bien se mira, sino la manera desordenada en que están las cosas que no han dejado de ser esencialmente buenas, y que por una causa secretísima y misteriosa han dejado de estar bien ordenadas. Por el sistema católico se nos señala esa causa misteriosa y secretísima; y en su señalamiento, si

hay mucho que exceda á la razon, no hay nada que la contradiga y la repugne; como quiera que, para explicar una perturbacion moral en las cosas que aun despues de perturbadas conservan íntegras y puras sus esencias, no hay que recurrir á una intervencion divina, con lo cual no habria proporcion entre el efecto y la causa: basta para explicar el hecho suficientemente, acudir á la intervencion anárquica de los séres inteligentes y libres; como quiera que, si no pudieran alterar de alguna manera el órden maravilloso de la creacion y sus concertadas armonías, no podrian ser considerados ni como libres, ni como inteligentes. Del mal, considerado como accidental y efímero, pueden afirmarse sin contradiccion y sin repugnancia estas dos cosas: la primera, que por lo que tiene de mal, no ha podido ser obra de Dios; la segunda, que por lo que tiene de efímero y de accidental, ha podido ser obra del hombre. De esta manera las afirmaciones de la razon van á confundirse con las afirmaciones católicas.

Supuesto el sistema católico, desaparecen todos los absurdos, y quedan suprimidas todas las contradicciones. Por este sistema, una es la creacion y Dios es uno, con lo cual queda suprimida, con el dualismo divino, la guerra de los dioses. El mal existe, porque si no existiera (1), no podria concebirse la libertad humana; pero el mal que existe es un accidente, no es una esencia; porque si fuera una esencia, y no fuera un accidente, seria obra de Dios, criador de todas las cosas: lo cual envuelve una contradiccion que repugna á un mismo tiempo á la razon humana y á la razon divina. El mal viene del hombre y está en el hombre; y viniendo de él y estando en él, hay en ello una grande conveniencia, lejos de haber en ello contradiccion ninguna. La convenien-

(1) O no pudiera existir.

cia está en que, no pudiendo ser el mal obra de Dios, no podria el hombre escogerle si no pudiera crearle, y no seria libre si no pudiera escogerle (1). No hay en ello contradic-

(1) En el primer capítulo de este libro, demuestra Donoso que la *facultad de escoger entre el bien y el mal* no es de esencia de la libertad, pues Dios y los ángeles y santos unidos á él en la gloria, no por estar exentos de aquella flaqueza, carecen de libre albedrío, ni dejan de gozar de una libertad perfecta. Aquí afirma Donoso que *el hombre no seria libre, si no pudiera escoger entre el bien y el mal*, y de resultas, entre esta afirmacion y la precedente, encuentra el Sr. Gaduel una *contradiccion palpable* que él describe con el siguiente desenfado: «Algunas páginas antes, dice, hemos visto que la facultad de escoger no era necesaria para la libertad, y que solo se requería la facultad de querer: ahora nos hallamos con que ya no basta la facultad de escoger, sino que hace falta la facultad de escoger el mal, sin la cual el hombre no seria ni libre ni inteligente... No lo entiendo. Tan palpable contradiccion no puede explicarse sino por la confusion que perpétuamente existe en las ideas y en las palabras del Sr. Donoso, entre la facultad de escoger el mal y la simple facultad de escoger. Esto es ignorar las más sencillas nociones de teología.»

Ya hemos notado antes de ahora, que por *facultad de escoger* entiende Donoso la *facultad de escoger entre el bien y el mal*. Esto se ve tan claro en los muchos pasajes citados anteriormente, que para ningun lector imparcial y atento puede ser oscuro. Para enunciar lealmente la idea del Sr. Donoso debia decir el Sr. Gaduel: «Poco há hemos visto que la facultad de escoger entre el bien y el mal no era necesaria á la libertad.»

Donoso dice, con Santo Tomás, que el libre albedrío es la voluntad misma, en cuanto la voluntad supone la inteligencia; y que si esta se halla determinada necesariamente en el órden de cosas necesarias, de tal manera que el hombre no puede, por ejemplo, negar su asentimiento á los primeros principios, ó no querer la felicidad; no sucede lo mismo en el órden de cosas contingentes, como son las acciones humanas, acerca de las cuales, la inteligencia y la voluntad se determinan con plena libertad, por sí mismas, sin estar determinadas por ninguna necesidad de la naturaleza. La frase del Sr. Gaduel: *Poco há se requería la simple facultad de querer*, no interpreta fielmente el pensamiento del Sr. Donoso; debia como el autor añadir el Sr. Gaduel con Santo Tomás: «Porque la voluntad sigue á la inteligencia, y todo sér dotado de inteligencia es libre en cuanto es inteligente.»

No es más exacto el Sr. Gaduel, cuando supone que despues de haber dicho Donoso de un modo absoluto: que la *facultad de escoger entre el bien y el mal*

cion ninguna; porque al afirmar el Catolicismo, del hombre, que es bueno en su esencia y malo por accidente, no afirma de él lo mismo que niega, ni niega lo mismo que afirma; como quiera que afirmar del hombre que es malo por acci-

no es necesaria á la libertad, añade no ménos absolutamente que la facultad de escoger entre el bien y el mal es necesaria á la libertad. En el primer caso, el señor Donoso habla de la libertad en general y no puede poner en su definicion sino lo que conviene á todos los seres libres, cualesquiera que sean; luego la *facultad de escoger el mal* debe ser excluida, por no convenir á Dios, ni á los ángeles, ni á los santos. En el segundo caso, Donoso habla de la *libertad del hombre viador*; luego debe incluir en su definicion las condiciones particulares á que nuestra libertad se halla sometida. En una palabra, Donoso, despues de haber dicho que la *facultad de escoger entre el bien y el mal no es necesaria en el cielo al hombre ni al ángel para ser verdaderamente libres*, añade que aquella misma *facultad es necesaria al hombre en la tierra para ser verdaderamente libre*; pero entre estas proposiciones no hay contradiccion alguna, pues la tierra no es el cielo, y las condiciones del estado de viador son muy distintas de las del estado de bienaventuranza.

El hombre es un sér racional, y por consiguiente libre, dice Donoso con el Doctor Angélico; pero añade, conforme tambien con los Santos Padres, que siendo el hombre criatura, es por consiguiente imperfecto, y puede abusar de su libertad, prefiriendo el error á la verdad, el mal al bien, ó sea pecando, á ménos que por la union con Dios y su posesion en la gloria, quede curado de esta imperfeccion y hecho impecable. Pero, si esto es así, síguese necesariamente, enténdalo ó no el Sr. Gaduel, que suponer al hombre privado del libre albedrío, es suponerle privado de razon; y que suponerle sin la facultad de escoger el mal, es suponerle privado de libre albedrío, por cuanto el hombre no es Dios, sino una criatura, y criatura en estado de prueba.

La palpable contradiccion que atribuye el Sr. Gaduel á Donoso es, pues, imaginaria, lo mismo que la *confusion* que le imputa entre la *facultad de escoger entre el bien y el mal*, y la *simple facultad de escoger*. En las obras del señor Donoso las palabras *facultad de escoger* tienen constantemente el mismo sentido, y significan la *facultad de escoger entre el bien y el mal*. ¿Dónde está pues la confusion? El Sr. Gaduel es quien está en lo vago y en lo confuso cuando habla de la *simple facultad de escoger*. Pero esta facultad supone la de escoger el mal, pues escoger el mal, es de todos modos escoger. Luego no se puede sin otra explicacion decir que el libre albedrío consiste en esta *simple facultad*; porque entonces Dios no seria libre. El Sr. Gaduel censura á Donoso por afirmar con Santo Tomás, que el libre albedrío es la voluntad misma, y esto por-

dente y bueno por esencia, no es afirmar de él cosas contradictorias, sino cosas en que no cabe contradiccion, por ser de todo punto diferentes.

Por último, aceptado el sistema católico, cae desplomado el sistema blasfemo é impío, que consiste en suponer una rivalidad perpétua entre Dios y el hombre, entre el Criador y la criatura. El hombre, autor del mal, accidental de suyo y transitorio, no es á manera de Dios, criador, mantenedor y gobernador de todas las esencias y de todas las cosas. Entre esos dos seres apartados entre sí por una distancia infinita, no hay rivalidad imaginable ni competencia posible. En los sistemas maniqueo y proudhoniano, la batalla entre el Criador del bien esencial y el criador del mal esencial era inconcebible y absurda, porque era imposible la victoria; en el sistema católico no cabe la suposicion de la batalla, porque no cabe la suposicion de la contienda entre partes, de las cuales la una ha de ser necesariamente victoriosa, y la otra vencida necesariamente. Dos condiciones son necesarias para que exista una contienda: que la victoria sea posible, y que sea incierta la victoria. Toda batalla es absurda cuando la victoria es cierta ó cuando la victoria es imposible; de

que hay cosas, por ejemplo, la felicidad, que el hombre quiere necesariamente, y no puede dejar de quererlas. Pero lo que la voluntad quiere necesariamente, tambien lo elige por necesidad, así como lo que libremente quiere, libremente lo escoge. Luego, mirados por este aspecto, no hay diferencia alguna entre los términos *querer y escoger*, y de consiguiente, cuando se quiere emplearlos aislados en el discurso, es menester determinar en qué sentido se toman. Esto ha hecho Donoso; el contexto mismo de sus frases demuestra que al usar la expresion *facultad de querer*, no se refiere á la voluntad determinada por una necesidad de la naturaleza, sino á la voluntad en cuanto se determina libremente segun los juicios tambien libres de la inteligencia; y que por *facultad de escoger* entiende, no la voluntad en cuanto escoge entre bien y bien, ó entre mal y mal, sino en cuanto se determina libremente por uno de esos dos contrarios, ó sea en cuanto puede escoger entre el bien y el mal.

donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominacion y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los emperadores: en el primer caso, porque el que es uno, será perpétuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpétuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que ó están decididos antes de trabarse, ó no se deciden despues de trabados.

CAPITULO V.

SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

Hasta dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creacion con tan notable desvarío, es cosa sustraída á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradacion juntamente en Adan su espíritu y su carne, por orgulloso aquel y esta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradacion física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus várias manifestaciones.

Ya dijimos que el pecado, causa primitiva de toda degradacion, no fué otra cosa sino un desórden; y como consistiese el órden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinacion jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenian con su Criador, siguese de aquí que el pecado ó el desórden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajacion de esas subordinaciones jerárqui-